



S. ULRICO, O.

Laureano ; pues no contentos los impíos violadores con arruinar su templo , y robar sus alhajas , le entregaron á las llamas ; pero habiendo dispuesto la divina Providencia que se librase del incendio un hueso , que se dice ser del brazo , hallado con universal consuelo de los vecinos del Vatan , le colocaron en lugar decente , hasta que en el año 1100 reedificando el templo destruido en forma mas augusta que la antigua , le depositaron en él , donde en el 4 de julio , dia de su martirio , se celebra su festividad solemnissimamente.

La cabeza del Santo no hay duda que se conservó en Sevilla en grande veneracion y aprecio hasta la irrupcion de los árabes , de cuyas bárbaras manos la preservó el Señor , como lo declaró el sínodo diocesano de aquella metrópoli , celebrado en el año 1604 por estas palabras : la cual cabeza tenemos entre las reliquias de nuestra santa Iglesia , donde se ha continuado su culto con toda magnificencia , dignándose Dios obrar repetidos prodigios por la intercesion de su siervo.

SAN ULRICO, OBISPO DE AUGSBURGO.

ULRICO , ó Uldarico (pues tambien se le nombra así) fué de una de las casas mas antiguas y mas ilustres de Suavia , y nació el año 863 , siendo su padre el conde Ulcaldo , y su madre Tierberga , hija de Aucardo , uno de los primeros duques de Alemania la alta.

Por la enferma y delicada complexion de Ulrico se creyó al principio que no podría vivir ; pero el Señor , que le tenia destinado para ser uno de los mas santos prelados de su siglo , contra toda esperanza le concedió una salud que se tuvo por milagrosa. La vivacidad , el despejo , la noble ingenuidad , el agrado , y el claro ingenio que descubrió desde luego , estimularon mas á sus padres para darle una educacion digna de su ilustre nacimiento. Parecióles que en ninguna parte la podría lograr , ni mas cristiana , ni mas caballerosa , que en el célebre monasterio de S. Galo , famoso entonces por lo mucho que florecian en él no menos las virtudes que las ciencias

Enviáronle allá á los siete años de su edad , y muy en breve se distinguió el niño Ulrico por los progresos que hizo en las letras humanas , y en la importante ciencia de la salvacion. Enamorados los monges de su bello natural , de su inclinacion á la virtud , y de su aplicacion al estudio , le amaban todos tiernamente , deseosísimos de adquirir aquel rico tesoro para el monasterio. A lo mismo se inclinaba tambien el niño Ulrico , pues aunque el mun-

do le brindaba con tan grandes esperanzas, nunca halló atractivo, ni en las grandezas, ni en las brillanteces del mundo. Conociendo bien sus injusticias y sus peligros, estaba muy ajeno de resolverse á servirle; ni á un corazón tan grande como el suyo le podía llenar otro que solo Dios. Agradábale la vida monástica, y naturalmente era de su gusto la soledad; pero queria que la vocacion y la eleccion viniesen únicamente del mismo Señor. Para conocer su voluntad hizo muchas penitencias y fervorosas oraciones; queriendo además de esto consultar el punto con una santa solitaria, no distante del monasterio de S. Galo, llamada Guiborata, no menos célebre por su eminente santidad que por los extraordinarios favores con que el cielo la regalaba. Habíala ya visitado algunas veces el condesito en los dias de recreacion que se concedian á los seminaristas. Fué pues Ulrico á buscar á la santa virgen, indeterminado sobre el estado que habia de abrazar; y la suplicó encomendase á Dios aquel negocio para que le diese á entender su divina voluntad. Ella se impuso tres dias de ayuno y de oracion, al cabo de los cuales le dijo, que aunque era muy perfecta la vida religiosa, Dios le llamaba al estado eclesiástico. No hubo menester mas para tomar su partido, no obstante lo mucho que le costaba arrancarse de una casa llena de tan grandes ejemplos, y no habiendo tampoco monge que no sintiese vivamente la pérdida que hacian. Fué reciproco el dolor; pero descubierta una vez la voluntad del Señor, no titubeó nuestro Santo ni un solo momento, y restituyéndose á casa de sus padres, los declaró su última resolución, como tambien sus deseos de no perder tiempo, y de habilitarse desde luego á servir con utilidad á la santa Iglesia. Gozoso el conde su padre de ver en su hijo tan virtuosas disposiciones, se le entregó á Alberon, obispo de Augsburgo, quien descubriendo luego las grandes prendas y los raros talentos de Ulrico, no perdonó á medio alguno para formar en él un eclesiástico perfecto; y aunque á la sazón no contaba mas que diez y seis años, le hizo luego camarero; pero viéndole crecer cada dia en juicio, capacidad y prudencia, le proveyó en el primer canonicato que vacó en su iglesia.

Comprendió desde luego nuestro nuevo canónigo todas las obligaciones de su estado, y resolvió darles todo el lleno. Desde aquel punto fué todo su empleo el estudio y la oracion, partiendo sus rentas con los pobres, á quienes muchas veces distribuía aquello mismo que se reservaba para su preciso sustento. Movido de su natural piedad, determinó hacer un viaje á Roma para beber en la fuente del espíritu apostólico. Fué recibido del papa con muestras de grande amor y estimacion, informado ya de ante-

mano de su mérito y de su eminente virtud. Tratóle su Santidad, y creció tanto la estimacion y el concepto, que noticioso de la muerte de Alberon, determinó conferirle el obispado de Augsburgo.

Sobresaltóse el Santo cuando oyó de boca del papa semejante proposicion, y se escusó eficazmente, alegando su insuficiencia y su corta edad. Al volver de Augsburgo halló que ya se habia hecho la eleccion en Hildin, y libre del susto, solo pensó en el retiro, y en santificarse cada dia mas y mas, volviendo á entablar dentro de su casa los mismos ejercicios que habia practicado en el monasterio de S. Galo; pero le duró poco esta quietud. Muerto Hildin el año de 924, fué electo Ulrico por obispo de Augsburgo, á pesar de toda su repugnancia. Eran los tiempos muy calamitosos; los húngaros y los esclavones hacian frecuentes irrupciones en el país, y lo asolaban todo, tanto que poco tiempo antes habian entrado en la misma ciudad de Augsburgo, y puesto fuego á la catedral.

El primer cuidado del nuevo obispo fué edificar de pronto una pequeña iglesia para juntar el pueblo, que estaba muy necesitado de instruccion, de consuelo y de socorro en aquellas públicas calamidades. Todo lo encontró en Ulrico; su caridad, su zelo, y sus profusas limosnas desterraron hasta de la memoria las pasadas necesidades, y todos las consideraban suficientemente reparadas con la posesion de tal pastor.

Persuadido el Santo á que se debia todo á su pueblo, tomó ocasion de las presentes circunstancias para conseguir se le dispensase en una costumbre introducida entonces en Alemania, de que los obispos residiesen casi siempre en la corte. El logró se le permitiese mantenerse en Augsburgo, para atender al restablecimiento de la disciplina; y se conoció muy presto lo mucho que puede hacer en una diócesis dilatada un prelado santo. A vista del cuidado con que incesantemente velaba sobre su rebaño, del zelo con que distribuía el pan de la divina palabra, de su caridad y de sus ejemplos; mudó de semblante todo el país. No era conocido por otro nombre que por el del Santo, y su vida acreditaba visiblemente que lo era, siendo la reparticion de ella la siguiente:

A las tres de la mañana regularmente asistia al coro con los canónigos para rezar maitines y laudes del oficio divino; despues rezaba el salterio con las letanias y preces que se siguen á ellas; hácia el amanecer cantaba las vigiliias del oficio de difuntos; esto es, maitines y laudes, á que ningun dia faltaba, como ni á la prima, que cantaba con los demás. Quedábase en oracion en la iglesia mientras se hacia la procesion por afuera; acabada ésta, cantaba la misa mayor, y hacia su ofrenda con los demás; reza-

ba despues tercia con los canónigos, y mientras éstos iban al cabildo, segun costumbre, continuaba la oracion, y visitaba los altares. Preparábase despues para decir misa, la que celebraba todos los dias con tanta devocion, que la pegaba á todos los asistentes; concluida la misa y las gracias, rezaba nona y visperas los dias de ayuno en el coro, y desde allí ordinariamente se iba dereeho al hospital, donde lavaba los pies á doce pobres, y daba limosna á cada uno de ellos.

El resto del dia le dedicaba á las necesidades de su pueblo. Asistia á los moribundos, consolaba á los afligidos, componia las diferencias, y hacia bien á todos, dando todos mil bendiciones á Dios por haberles concedido tal obispo. Al declinar la tarde se restituia á su palacio donde tomaba una sobria comida, durante la cual siempre se le leia en algun libro espiritual. Cada dia comia en su mesa cierto número de pobres, y acabada la comida asistia á completas. Daba despues sus órdenes para el gobierno de la familia, y se retiraba á su cuarto, donde gastaba gran parte de la noche en la oracion y en el estudio, concediendo al sueño muy poco tiempo.

Acompañaba esta vida tan ejemplar y tan arreglada con grandes penitencias. En ningun tiempo del año comia carne, aunque se servia en su mesa, así para los pobres, como para otros convidados. Su cama era una poca de paja con dos mantas, sin cosa de lienzo. Arreglada su familia para edificacion de los demás, se dedicó á arreglar al clero, trabajando con infatigable aplicacion en reformar las costumbres de todo el obispado. Visitábale regularmente todos los años, y cada año celebraba dos sinodos. Costóle poco trabajo la reforma general, facilitándosela un zelo tan puro y tan ardiente, sostenido de una vida tan ejemplar y tan santa; ni la licencia de las costumbres podia resistir á la vigilancia de un pastor tan poderoso en obras como en palabras. Proveyó de escelentes curas las parroquias, obligando á renunciarlas, ó á enmendarse, á los viciosos, ó á los ignorantes; con cuyas providencias floreció en Augsburgo y en todo el obispado tanto la pureza de la fe como la de las costumbres.

Habiendo reconocido por las escursiones de los bárbaros lo mucho que perjudicaban los sustos, las inquietudes y los sobresaltos á los ejercicios de religion y devocion, pensó en la seguridad de sus ovejas, y no solo cercó de murallas la ciudad de Augsburgo, sino que levantó algunas fortalezas en la campaña, adonde se pudiesen refugiar las gentes del país; pero no bastaron estas precauciones para que las tropas de Arnolfo, conde palatino, no sorprendiesen y saqueasen la ciudad en ausencia del santo obispo,

que habia pasado á la corte del emperador Oton para mover su ánimo á que ajustase la paz. Concediósele el emperador á la Alemania despues que Arnolfo fué muerto delante de Ratisbona, habiendo perdonado á su hijo Liutolfo á ruegos de nuestro Santo; pero apenas comenzaba á sosegar y á consolar á su pueblo, cuando un prodigioso ejército de húngaros se echó sobre la superior Germania, inundando todo el país. Fué sitiada la ciudad de Augsburgo; mas las oraciones de su santo obispo pudieron mas que los esfuerzos de los sitiadores. Intimó oraciones y procesiones públicas para aplacar la cólera del cielo, y para merecer su proteccion contra los enemigos de la religion y del estado, las que fueron tan eficaces, que disponiéndose los bárbaros para un segundo asalto á tiempo que Ulrico estaba celebrando el santo sacrificio de la misa, de repente se apoderó de ellos tal terror, que levantaron el sitio, se pusieron precipitadamente en fuga, y matándose los unos á los otros, perecieron casi todos; siendo dictámen general que se debió á las oraciones del santo pastor una victoria tan no esperada.

Restituida la tranquilidad, se dedicó Ulrico á reparar los daños que habian hecho los bárbaros, y á reedificar la iglesia de santa Áfra, célebre patrona de Augsburgo, cuyas santas reliquias tuvo el consuelo de hallar debajo de sus ruinas. Por su devocion hizo segundo viaje á Roma, de donde trajo las de S. Abondo, con que enriqueció la iglesia que acababa de levantar, y en aquella curia se mereció por su eminente virtud los extraordinarios honores que le tributó el clero romano, y aun el mismo papa. En Ravena fué recibido con veneracion del emperador Oton, y en las frecuentes conversaciones que tuvo con la emperatriz imprimió en su alma aquellas grandes máximas de perfeccion, que la hicieron con el tiempo una de las mas virtuosas princesas de su siglo.

Vuelto á Augsburgo escogió un coadjutor de toda satisfaccion, en cuyo zelo descargó la administracion de todo lo temporal, vacando él únicamente al bien espiritual de la diócesi, al que se aplicó con mas desvelo que nunca, á pesar de sus muchas enfermedades y de su avanzada edad. Como nunca se habia dispensado en la austeridad de la vida monástica, quiso tambien tomar el hábito de monge, y aun habia resuelto retirarse al monasterio de S. Galo para acabar en él sus dias; pero no se lo permitió el concilio de Ingelheim, celebrado el año de 972 en presencia del emperador Oton, á que asistió nuestro Santo, temiendo aquellos padres que otros muchos obispos querrian imitar el ejemplo de tan gran prelado, cuya santidad estaba ya públicamente reconocida por multitud de milagros.

Acabaron de consumirse las pocas fuerzas que ya tenia con los ejercicios de su fervor y de su zelo, sintiendo tan seguros preñuncios de su cercana muerte, que fué disponiendo todas sus cosas como si ya se hallase asaltado de la última enfermedad. En fin, al amanecer el viernes 4 de julio de 973 mandó que le echasen sobre una porción de ceniza bendita estendida en el suelo en forma de cruz; despidióse sosegadamente de todos los circunstantes, mandó que le leyesen la recomendacion del alma, y mientras se la leian espiró con admirable tranquilidad, á los ochenta años de edad; cincuenta de obispo, y despues de una vida inocente.

Creció despues de su muerte la opinion de santidad que ya era tan pública en vida por los muchos milagros que obró Dios en su sepultura; los que movieron al papa Juan XV á mandar hacer exactas informaciones de su vida y milagros, despues de las cuales le colocó solemnemente en el catálogo de los santos por una bula publicada en el concilio de Letran el año de 993; y se cree haber sido la primera canonizacion jurídica que se vió en la Iglesia, la cual no usaba antes en ellas tantas formalidades. Elevóse entonces el santo cuerpo de la primera sepultura, y fué colocado con solemnidad en una capilla edificada en honra suya dentro de la iglesia de Sta. Afra, la cual comenzó desde aquel dia á tener la advocacion de nuestro Santo.

EL BEATO GASPAR DE BONO, DEL ÓRDEN DE PADRES MÍNIMOS.

NACIÓ Gaspar de Bono á 5 de enero de 1530 en la ciudad de Valencia, en el reino de España, de padres honrados, pero tan pobres de bienes de fortuna, como ricos de cristianas virtudes. Su padre que se llamaba Juan de Bonom, era natural de la villa de S. Lambért, en la provincia de Gascuña, y su madre llamada Isabel Juana Monsó, era natural de la villa de Cervera del mismo reino de Valencia. Ejerció Juan de Bonom en dicha ciudad el oficio de tejedor de lino en su mocedad, y despues en edad mas adelantada el de afilar cuchillos. Criaron estos piadosos padres á nuestro Gaspar en el santo temor de Dios, y él prevenido de copiosas bendiciones de la gracia, ya desde su niñez empezó á dar claros indicios de la elevada santidad á que Dios le tenia predestinado. Era muy obediente á sus padres y muy ajeno de los pueriles entretenimientos. Todas sus delicias eran, ó estar en casa retirado á orar, ó asistir en la iglesia á la santa misa y á otros ejercicios de piedad. Desde aquella primera edad comenzó la devota práctica que continuó por toda su vida, de

implorar cada dia el patrocinio de la Santísima Virgen con la Letania Lauretana, la Salve Regina y otras devotas oraciones: su diversion era juntar otros niños, formar con ellos una procesion y rodear por las calles vecinas cantando Resposos en sufragio de los difuntos y diciendo á trechos en alta voz: *Señor, verdadero Dios, misericordia*. Practicaba Gaspar estos y otros ejercicios de religion con tal modestia y fervor, que causaba asombro á cuantos lo miraban. Sintióse inclinado al estado eclesiástico se aplicó al estudio de la gramática, y no obstante que estudiaba con mucha diligencia para habilitarse para el estado á que Dios le llamaba, su incesante aplicacion nada entibió los ardores de su piedad; de modo, que sus maestros le proponian por modelo á los otros discípulos: á los quince años de su edad concluyó los estudios de la gramática y entonces resolvió consagrarse enteramente á Dios en la sagrada religion de Predicadores. Fué en efecto admitido con gusto por aquellos religiosos al noviciado, y mientras estaba ya para recibir el santo hábito, un cuñado suyo logró la ocasion de hablarle, y supo persuadirlo con tanta energia, que á lo menos por entonces retardase su designio, en atencion al desamparo y miseria grande de sus padres; que el santo jóven no sabiendo resistir á la fuerza de sus razones, se despidió con lágrimas de los padres Dominicós, y se salió del convento en compania de su cuñado.

Restituido á la casa de sus amados padres, no pensó sino en elegir una ocupacion con que pudiese aliviar su pobreza. Con esta mira entró á servir en casa de un comerciante de sedas, y aqui aumentó mucho la mortificacion y penitencia que desde niño habia practicado, con el deseo de imitar la conducta de los Santos, cuyas vidas leia. Comia una sola vez al dia y aun ésta con gran parsimonia, y frecuentemente no tomaba sino pan y agua; su sueño era breve y su oracion casi continua. De la comida que le daban sus amos cercenaba buena porcion de pan y vianda, y la llevaba todos los dias á la casa de sus padres, para que con ella se sustentasen. No conocia ocupacion mas dulce que la de servir á su cieguecita madre y anciano padre, en barrer la casa, componerles la cama, limpiar los platos, prepararles la mesa, y animarles á sufrir con cristiana resignacion las incomodidades de la enfermedad y pobreza, á cuyo fin les leia frecuentemente algun libro espiritual. Continuó el Beato el espresado tenor de vida en casa del buen mercader por cerca de cinco años, y entrando á los veinte de su edad, considerando que siendo como era tardo, balbuciente, y casi de ninguna espedicion en la lengua, podia adelantar poco en el comercio ni en otro empleo,